

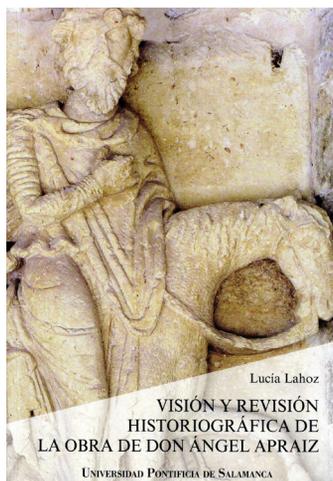
artísticas, festivas o de organización y explotación tradicional del entorno. Es decir, supera la simple línea cronológica de una historia al uso y nos acerca a una realidad sentida de una villa y un país que ya ha ido desdibujándose desde las transformaciones socioeconómicas de la segunda mitad del siglo XX. *Ororbía: mil años de historia*, no sólo reclama la atención de sus vecinos sino de aquel que quiera comprender la etnohistoria de toda una comarca, la Cuenca de Pamplona, y la antropología del territorio de aquellos pueblos cercanos a ciudades o cabezas de provincia. Podemos decir que Pablo Guijarro Salvador analiza de forma muy amplia el contexto histórico y el ámbito humano. En su obra ha podido considerar la diversidad de las prácticas y manifestaciones económicas, sociales y culturales demostrando un buen manejo de las fuentes documentales, habitualmente escondidas en las carpetas de archivos locales y generales.

Pablo ORDUNA PORTÚS

Visión y revisión historiográfica de la obra de don Ángel de Apraiz

Lucía Lahoz

Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca, 2014, 172 págs.



Cuando se abordan libros como el que ocupa nuestras líneas se puede tener una especial constatación de que la palabra escrita tiene una fuerza radical de permanencia: ata, vincula, perpetúa y cabalga sobre el devenir del tiempo. Tan obvia circunstancia brilla con especial intensidad en el contexto en el que nos situamos, donde la percepción de una vertiginosa transitoriedad del tiempo parece no permitir la necesaria reflexión sobre el contenido del discurso pronunciado, al esterilizar en no pocas ocasiones la fecundidad de la que está preñada la propia palabra. No en vano, en obras como la que ahora tratamos, aparece en su más absoluta

crudeza la aparente contradicción entre la vitalidad efímera de la palabra oral y la durabilidad inerte de la palabra escrita. Quizás el mayor logro de la humanidad haya sido alcanzar la capacidad de hacer viva la palabra escrita y beneficiarse así de la transmisión del conocimiento a través de las diferentes generaciones, especialmente entre las discontinuas. Semejante verificación torna una obra escrita en un verdadero artefacto en el que el autor se define, se da a sí mismo y se perpetúa a lo largo del tiempo.

En el presente volumen se conjugan dos voces: aquella de principios del siglo XX del profesor Apraiz que vuelve a sonar con fuerza en el segundo decenio del XXI al ser recuperada por la de Lahoz, quien lejos de ejercer de mera transmisora, no acalla el propio juicio (de ahí la *visión y revisión*), con mayor valor, si cabe, en el contexto de un universo académico globalizado en el que la promiscuidad de las publicaciones basadas en meros criterios cronológicos, en aparente huida hacia adelante, atenta contra la construcción de la capacidad crítica de los sujetos y la función humanizadora de la universidad, mientras condena al silencio irreflexivo notables aportaciones y miradas de quienes abrieron sendas novedosas y las comenzaron a recorrer, a cuyas intuiciones y descubrimientos es de obligada justicia retornar y replantear. Se precisa, pues, de una reflexión que redescubra las fuentes reincorporándolas de forma crítica al quehacer del historiador del presente, más aún en aquel

grupo de notables pioneros que impulsaron la consolidación de la Historia del Arte como disciplina en la universidad española. Insustituible resulta, por tanto, el axioma que la autora enarbola en todas sus obras y que adopta en la presente las palabras de Jacques Le Goff: “Nunca encontraremos la verdad si nos contentamos con lo que ya se ha hallado... Los que escribieron antes de nosotros no son para nosotros señores sino guías. La verdad está abierta a todos y todavía no ha sido poseída por entero”.

El volumen parte de dos postulados que se encuentran muy en boga en el universo de la investigación historiográfica actual: el escaso interés por la teoría y por los planteamientos metodológicos a favor del empirismo progresivo, por una parte, y el disminuido número de reseñas que comparten un análisis objetivo, profundo y reflexivo de los estudios, exento de filias y fobias, para emitir un juicio crítico adecuado, por otra.

La autora huye de la vorágine en la que los planes académicos obligadamente sumergen a los mismos investigadores en una falsa seguridad evolucionista de autores desfasados y superados por la simple cronología de la publicación y nos presenta la obra de don Angel en un acto de atenta lectura, lo cual indica un alto grado de respeto y una posterior reflexión sobre lo leído, dado que someta a la actividad crítica las aportaciones del profesor Apraiz en orden a definir la verdadera dimensión historiográfica del intelectual vasco,

empeñándose así en señalar tanto las teorías superadas que indican el avance de la disciplina artística como las afirmaciones innovadoras que aquel formulara.

El texto pretende, por tanto, “estudiar la obra de Apraiz como fruto de la búsqueda de un colega con el que ha desaparecido un capítulo de la historia reciente.” Y lo realiza ya desde la tesis doctoral presentada en 1905 en la Universidad de Madrid, aprovechando incluso la cátedra que ocupa en 1911 en la Universidad de Salamanca titulada “Teoría de la Literatura y de las Artes” para explicar la aproximación más rica y de mayor cercanía a la génesis de las obras que trata don Ángel al saber complementar perfectamente la información proporcionada por ambas materias. Esto se convierte en un verdadero aviso para navegantes al indicar la vía oportuna de abordaje en el asunto artístico, una vieja idea que –curiosamente– se llevaba a efecto sin mentarla y que hoy casi permanece estéril al recibir el nombre de “investigación multidisciplinar”.

El relato trazado por Lahoz está realizado con un lenguaje exacto, pleno de las palabras adecuadas. La autora llena de matices sus textos escogiendo con cuidado cada concepto, puesto que no en vano son los que ofrecen los sutiles subrayados enfocados a su correcta interpretación y a la comprensión veraz de las cosas. En el detalle se juega lo fundamental de la vida y el arte tampoco escapa a la cuestión del matiz.

Usando como hilo de Ariadna la obra del profesor vasco, la autora se adentra en cuestiones delgadas al denunciar la comprensión del románico como sinónimo de tosco o deforme, las incongruencias inherentes a la comprensión del denominado “Gótico vasco” señalando sin ambages el énfasis en el aporte nacionalista de las inercias que conceden excesivo peso a lo local y de nuevo reafirma la necesidad de tener en cuenta el resto de componentes que integran la obra de arte más allá de la técnica y la pura forma, entre otras. Del mismo modo, resalta la excesiva transcendencia concedida a las rutas de peregrinación, que en muchos casos no explican la pluralidad de las imágenes que configuran una obra, o el recurso en demasía a la ascendencia de ciertos elementos al mundo islámico, muy explicable en la contemporaneidad historiográfica del autor, por otra parte, al convertirlo en un verdadero *topos*. Nótese la honestidad mantenida por Lahoz en este diálogo con el intelectual vasco al no menoscarlo ni la más mínima de sus propias aportaciones, aunque las someta al rigor del necesario diálogo académico. De igual modo, la profesora alavesa recuerda que la imagen medieval obedece, ante todo, al planteamiento programático y en manera alguna ha de entenderse como elemento aislado y descontextualizado, desechando así cualquier tipo de premisa preconcebida que no atienda al programa del que forma parte la imagen.

Numerosas citas pueblan las páginas, como oferta compartida de un camino paseado muchas veces y puesto a disposición de los demás. Ahí la autora asienta los jalones y la sustancia, reconociendo el trabajo de los muchos autores en el que se apoya. A ello se une, además, una selección de fotografías del propio profesor vasco, lo cual nos permite una aproximación más directa y cercana a la realidad que nos muestra en las páginas.

En el ejemplar se incluyen dos obras en formato facsimilar: “La cultura de las peregrinaciones” (1942) y “Salamanca, camino de oriente” (1945), que amén del texto disponen de las anotaciones y subrayados realizados por el mismo Apraiz, elementos que enriquecen en suma esta publicación.

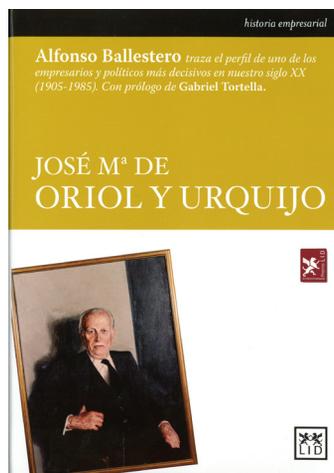
Por todo lo señalado, el estudio de Lucía Lahoz se incorpora a las revisiones historiográficas que recuperan las propuestas de los pioneros de la Historia del Arte de nuestro país, poniéndolas de nuevo en el contexto actual en un intento de reivindicar la plena actualidad en la que se encuentran y de rescatarlos del silencio al que injustamente han sido condenados. Una lectura, sin duda, sumamente recomendable.

Mariano CASAS
HERNÁNDEZ

José M^a de Oriol y Urquijo

Alfonso Ballesterero

LID, Madrid, 2013, 252
págs.



Bien conocido el autor por sus trabajos anteriores y, sobre todo, por haber publicado hace unos años en esta misma editorial la biografía de Juan Antonio Suanzes, en esta ocasión nos presenta el perfil biográfico de uno de los empresarios y políticos más importantes de la España del siglo XX, en especial del periodo franquista: José María de Oriol y Urquijo. Pudiendo considerarlo un auténtico capitán de industria, se hacía necesaria una monografía dedicada a un personaje que refleja bien la manera de hacer política y negocios durante la dictadura, cuando Don José María se convirtió en la auténtica cabeza visible del clan familiar. Durante todos esos años y hasta su muerte, en 1985, fue él quien estuvo al frente de los asuntos familiares y, sin duda, quien

más peso político llegó a tener entre sus hermanos. De ahí que lo primero que haya que reconocer en la obra de Ballesterero es su pertinencia. No descubro nada nuevo al afirmar que en los últimos años la historia empresarial en general y las biografías de empresarios en particular han ocupado un lugar relevante dentro de la historiografía española, teniendo a la editorial LID como una de las adalides de semejante empeño. Ahí están, por supuesto, los distintos diccionarios biográficos de empresarios, pero también libros tan interesantes como los dedicados a Ramón de la Sota, Horacio Echevarrieta, al mencionado Suanzes, Ildefonso Fierro o al propio Oriol. Son sólo algunos ejemplos de lo mucho y bien que está avanzando la biografía empresarial en España en las últimas décadas.

Pertenciente a una saga familiar especialmente arraigada en Álava en particular y en el País Vasco en general, José María de Oriol sobresalió en su doble vertiente de político y de empresario y, de hecho, en el libro ambas facetas están perfectamente delimitadas. Militante del carlismo desde joven, como la mayor parte de su familia, inmediatamente se alineó con los sublevados de 1936, convirtiéndose en un franquista de primera hora. Así que, retirado su padre a un segundo plano, Oriol llegó no sólo a Jefe Provincial de las FET y de las JONS de Vizcaya, sino también a alcalde de Bilbao entre 1939 y 1941, en una de las etapas más negras de la historia de la Villa. Sin abandonar nun-